

párrafos toman cariz de interjección, es únicamente porque se trata de un texto escrito con pasión por una obra. La inteligencia y el cuidado son virtudes que acompañan esta labor.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Un goce de leer

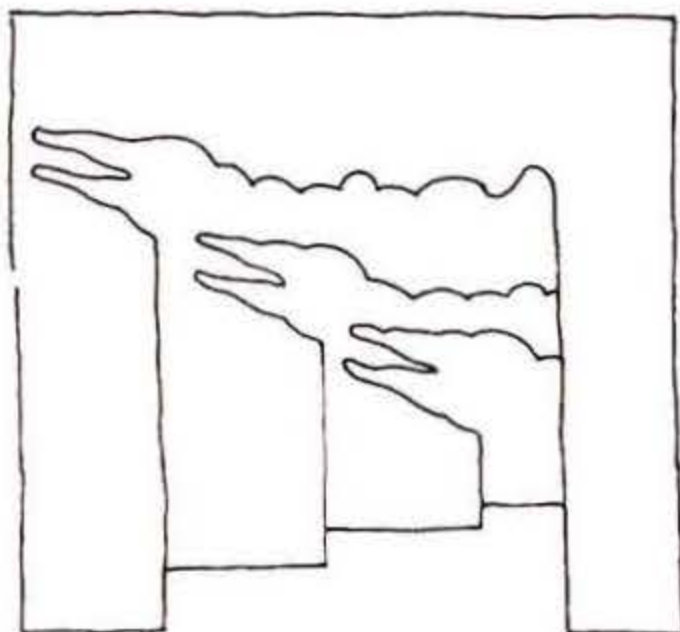
Escribir en Barranquilla

Ramón Illán Bacca (edición de Alfredo Marcos)
Ediciones Uninorte, Bogotá, 1998.
281 págs.

Afable pero minucioso, presente con sus gustos y opiniones pero capaz, casi siempre, de entregarse a la sincera admiración por sus ídolos, Ramón Illán Bacca reúne los méritos del cronista ideal. Humor y erudición, testigo conversador, su charla se desenvuelve con deleite y picardía. Ha investigado con rigor pero en sus páginas no se nota jamás el delirio interpretativo del catedrático universitario. En tono menor, como charla de café, nunca abruma ni enjuicia rígido. Pero sí logra combinar la instantánea fotográfica, teñida ya de nostalgia (el pianista Bob Prieto, el periodista Germán Vargas, la novelista Marvel Moreno), con el panorama delicioso y no por ello menos exhaustivo (el modernismo, las revistas literarias y el nadaísmo en Barranquilla), sin descuidar por ello sus emociones de lector.

De escritor-profesor, capaz de ceñir un tema y sacarle jugo a su aparente pobreza —las novelas ambientadas en el carnaval de Barranquilla— como de elaborar la más fina y descomplicada sociología literaria, el revisar, en una década, lo que se vende en las librerías de su ciudad. Allí comprobamos cómo la línea esotérica-espiritualista conserva indudable preeminencia refrendada, a todo lo largo del siglo, por figuras como madame Blavatsky, Gurdjieff, Allan Kardec y la memorable revista espiritista de los años veinte: *Lumen*. Toda una futura y sugerente línea de investigación

cuyo contexto describió, con tan irónica agudeza, Peter Washington en su espléndido libro *El mandril de madame Blavatsky. Historia de la teosofía y del gurú occidental* (Barcelona, Ediciones Destino, 1995, 449 págs.)



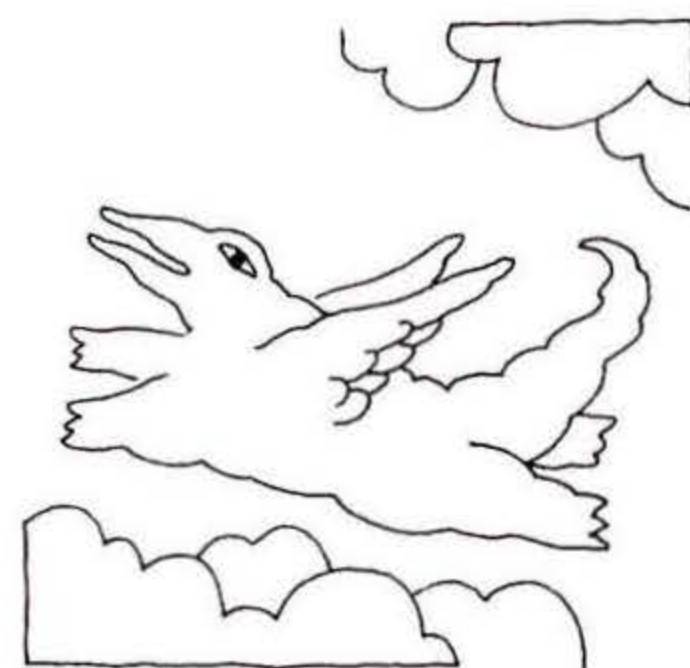
Personajes absolutamente singulares como Abraham Zacarías López-Penha, Miguel Rasch Isla y Leopoldo de la Rosa se nos ofrecen, certeros en sus siluetas y burbujeantes en sus anécdotas, junto con otros, ya mitificados por la propia literatura, como el bien conocido sabio catalán Ramón Vinyes. Pero en realidad el libro apunta hacia un tema subyacente, de singular importancia: ¿cómo en una ciudad de inmigrantes, cuya prioridad era el comercio, y cuyas iniciativas culturales fallecen, al poco tiempo, por carencia de recursos, es factible trazar una sostenida e interesante línea de continuidad creativa? Refiriéndose sólo al departamento del Atlántico, el crítico Ariel Castillo menciona a José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Jaime Manrique, Marvel Moreno y Julio Olaciregui, pero quizá no sobraría añadir, tan íntimamente vinculados también a Barranquilla, figuras como las de Gabriel García Márquez y Meira Delmar, sin olvidar por cierto al mismo cronista (*Crónicas casi históricas*, 1990), el destacado cuentista y novelista Ramón Illán Bacca, cuyos libros de cuentos: *Marihuana para Goering* (1981) y *Señora tentación* (1994) y sus novelas *Deborah Krueh* (1990) y *Maracas en la ópera* (1996) demuestran cómo el terreno de esta investigación ya ha sido roturado y gozosamente explotado en la ficción.

En tal sentido otro de los temas que el libro trata, como incitante curiosidad, es el de la presencia extranjera en

Barranquilla y su metamorfosis literaria, trátase de Emilio Bobadilla, "Fray Candil", como de las lecturas alemanas que pueden rastrearse en la Biblioteca Municipal, de Thomas Mann a Stefan Zweig.

En tono menor, y con un humor que proviene tanto de su propio carácter como de las sabrosas citas insertadas, sobre todo los desopilantes poemas, como aquel único de Eduardo Ortega: "Me das tu amor, mujer, / o me pego un balazo por doquier", Illán Bacca logra hacernos cómplices de su mirada aguda y de su sabiduría literaria.

Escuchó con deleite a sus mayores, y los libros que tristemente no escribieron Germán Vargas y Alfonso Fuenmayor o la promesa irrealizada que Carlos J. María anunció en la crítica literaria es la que ahora cumple este escritor samario que logra así tanto una válida historia literaria como una honesta autobiografía intelectual. Libreta de apuntes de un buen lector, sin darse importancia ha logrado en realidad una obra verdaderamente importante que es también un goce leer. Donde, además, el rescate de obras significativas como *Una triste aventura de catorce sabios* de José Félix Fuenmayor, *Asaltos de García Herreros* o *Barranquilla 2132* de José Antonio Osorio Lizarazo nos lleva a soñar en urgentes reediciones prologadas por él. Al igual que en las antologías o reproducciones facsimilares de *Crónica* o rescates, en *Rigoletto*, de todas las contribuciones de Luis Tejada o Porfirio Barba Jacob.



Pero cualquier acción que se emprenda, a partir de las fértiles incitaciones que su lectura sugiere, nos volverá a traer inexorablemente al encanto de tantas voces que Ramón Illán Bacca ha puesto

a conversar, por primera vez en su dimensión integral, en esta tertulia inolvidable llamada *Escribir en Barranquilla*.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Y entonces..., ¿quién fue?

¡No, no fui yo!

Ivar Da Coll (texto e ilustraciones)

Editorial Panamericana, colección

Que pase el tren, Bogotá, 1998, 38 págs.

Desde una perspectiva contemporánea, el humor parece ser un ingrediente si no indispensable al menos altamente recomendable en la literatura destinada a la infancia. Un ejercicio de rastreo de la presencia del humorismo en la literatura para niños nos obligaría a revisar buena parte de la narrativa y la lírica de tradición oral, donde los elementos picarescos, hiperbólicos y absurdos han provocado la risa en numerosas generaciones. Recordemos, por ejemplo, los trucos que emplea maese Gato para conseguir que el pobre hijo de un molinero termine desposado con una princesa y dueño de enormes territorios, o el tesoro de regocijantes trabalenguas, adivinanzas y coplas de la cantera popular hispanoamericana. Ya en los tiempos del texto escrito, las posibilidades del humor como auxiliar de la pedagogía fueron entrevistadas por los educadores desde los tiempos de la Reforma y exploradas en numerosas fábulas concebidas para un público infantil. Después de un *impasse* en el siglo XVIII (cuando los maestros iluministas consideraron la risa poco adecuada para la disciplina y el autocontrol emotivo que propugnaban para sus jóvenes discípulos y la desterraron de los libros de máximas morales y ánimo religioso), este componente retornó, con el siglo XIX, adquiriendo una gran riqueza de matices: el humor negro del clásico alemán *Pedro Melenas*, de Heinrich Hoffmann; el británico juego con el lenguaje y el *non sense* presentes en las rimas de Edward Lear y las novelas

inspiradas por Alicia Liddell al matemático Charles Dogson, alias Lewis Carroll; las paradojas y exageraciones que caracterizan no pocos de los cuentos versificados del bogotano Rafael Pombo o las travesuras de Huck y Tom en el sur de Estados Unidos, deliciosamente descritas por Mark Twain, por mencionar apenas algunos ejemplos clásicos.

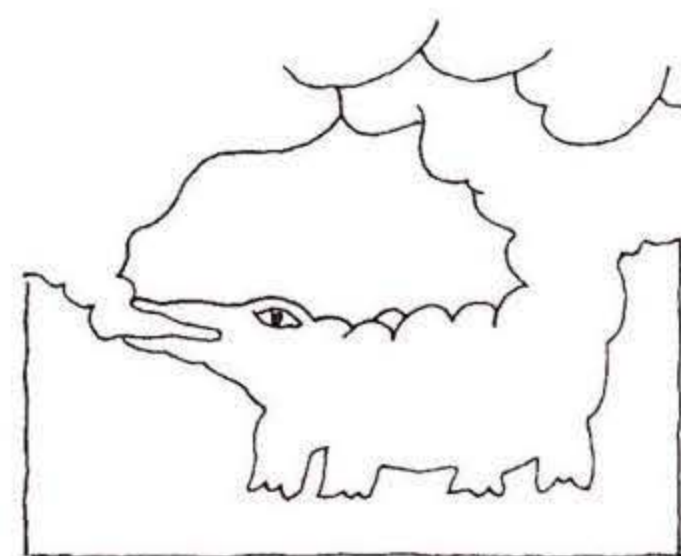


La llegada del siglo XX, con una renovación en el concepto de infancia como resultado de profundas revoluciones en las teorías pedagógicas y psicológicas, dio "luz verde" a la presencia del humor en la literatura infantil. Obras como el ciclo narrativo dedicado al personaje de Kasperle, creado en el decenio de los veinte por la escritora suiza Josephine Siebe; la divertida *Pippa Mediaslargas* (1945), de la sueca Astrid Lindgren, o las transgresoras propuestas de Roald Dahl difundidas en los años setenta y ochenta, abren las puertas para que la risa irrumpa libremente en las letras dirigidas a los niños, asociada a las temáticas tradicionales propias del cuento maravilloso y también al enjuiciamiento crítico de la sociedad contemporánea. En ocasiones, el humorismo deja de ser un medio o un elemento composicional para transformarse en un fin, en la razón de ser de la propuesta literaria, adquiriendo un valor estético y moral. En América Latina, son paradigmas del tratamiento humorístico de la narrativa y el verso para niños figuras como el brasileño Monteiro Lobato (*Reinações de Narizino*, 1921), la chilena Marcela Paz (*Pape-*

lucho, 1947), la cubana Dora Alonso (*Pelusín del Monte*, 1956) y la argentina María Elena Walsh (*Tutú Marambá*, 1960) por sólo mencionar algunos creadores y textos de notoria significación.

No es gratuito, entonces, que la profesora alemana Marta Lypp afirme en un estudio acerca del humor en el libro para niños: "La literatura infantil desempeña un rol cultural importante: es el santuario donde la risa, en particular la risa arcaica y carnavalesca, no sólo es permitida sino que además es positivamente fomentada. Es el vehículo a través del cual la risa puede preservarse para la sociedad en general"¹. El humor ha encontrado uno de sus más firmes bastiones en el arte para la infancia y esto no es casual. Como señala con agudeza Lypp, es algo deseable para los pedagogos y rentable para los editores.

Curiosamente, el humor no ha sido uno de los rasgos distintivos de la literatura infantil actual de Colombia. Pese al antecedente que constituyen los poemas de Pombo, el signo preponderante de esta manifestación en los decenios más recientes ha sido la nostalgia de la infancia y un lirismo "fabricado" a golpe de tropos que, con frecuencia, encuentran escaso eco en los jóvenes lectores. Salvo excepciones —las reescrituras paródicas de Irene Vasco (*Conjurios y sortilegios*, 1991) y Triunfo Arciniegas (*Caperucita Roja y otras historias perversas*, 1996) o los cuentos del colegio de Yolanda Reyes (*El terror de sexto B*, 1995), entre los títulos de más ostensible vocación humorística—, la risa no ha desempeñado un papel protagónico en las creaciones de mayor valor artístico.



¡No, no fui yo!, de Ivar Da Coll, se suma a la lista de las excepciones. Se trata de un álbum o *picture book* en el que, respetando las reglas del "géne-